

de la noche. Durante mucho rato permaneció agitado, sin poder dormir, a pesar del cansancio que sentía. Se acordó de que para conciliar el sueño acostumbra leer. Pero la idea de un libro allí, le pareció sumamente extraña, rara. Pensó que *leer* era una cosa remotísima, algo que ya no estaba en su existencia, un hábito del que se había libertado hacía tiempo. ¿No era, pues, ya otro hombre?

Apenas pudo darse cuenta de esas ideas confusas. Luego recordó dónde estaba; y el «mañana», ese siguiente día, tan cercano ya para él que había esperado tanto tiempo; se le representó con todas sus emociones, como algo grandioso, inconcebible, que iba a sacudir su ser y su vida.

Pensó:

—Ésta será la última noche que viviré yo en casa extraña.

Pensó más:

—¿Será la última noche?

Afuera, detrás del tabique, el caballo golpeaba con los cascos el suelo de la pesebrera y se le oía comer la caña en un cajón. El murmullo del río se elevaba desde las profundidades del precipicio, dominando la calma nocturna. A lo lejos, sumamente lejos, ladridos de perros.

### XIII

Las cinco y media serían cuando a la mañana siguiente salió Andrés de la posada del Naranjo.

La luna alta y pálida, con su disco carcomido, bañaba de luz tenue y amarillenta las rocas, las faldas y las cumbres, dando a todo perspectivas de lejanía.

Sobre el granito del camino resonaban las herraduras del caballo, a paso largo por las revueltas peñascosas, donde todavía hay altos voladeros.

A medida que avanzaba Andrés, veía emblanquecerse el cielo y palidecer las estrellas con debilísimos fulgores. Un céfiro delicioso le producía en la piel sensaciones de besos. Los grillos despertaban entre la hierba. Un pajarito madrugador fué el prime-

ro que moduló un trino en su árbol; con lo cual todos los demás se alborotaron y se pusieron a cantar.

Borráronse por completo las estrellas y la luna se tornó blanca como una gran concha de nácar. No era ya su luz la que hacía más visibles los objetos; era el alba que sonreía al mundo, leve como una virgen que abandona su lecho, apartando las ligerísimas cortinas rosadas y azules.

¡Una aurora del Cauca, con una estrella de plata en la frente!

El corazón de Andrés entonó como las aves un himno de alabanza a esta belleza que volvía a ver; a ese cielo donde brillaba el alba de tan hermoso día, después de la negra noche de la ausencia.

—Regocíjate, ¡oh miserable ser atormentado por la duda,—se decía a sí mismo. He aquí que llega una felicidad en que apenas te atrevías a creer! Alma cansada y triste, despierta porque grande es la dicha que te espera! Purifícate de todas las amarguras, de todas las ironías y queda limpia como los seres sencillos que se acercan a un altar!

Los pájaros cantaban en el bosque. Las neblinas ascendían flotantes como el humo del incienso. El sol iluminó las cimas de la cordillera.

Ese día, remontando el curso del Dagua, atravesó Andrés los sitios más pintorescos del camino, entre casitas blancas, huertos, jardines y corrales, cuyas tapias y talanqueras festonan campanillas azules.

Como la senda va por el fondo del valle angosto formado por la cuenca del río, siete veces hay que pasar sus raudales, cada vez menos impetuosos y de linfas más puras. De un lado y otro recibe los riachuelos que bajan bulliciosos por los flancos de las serranías.

En las colinas y faldas hay risteñas estancias, cuyas cercas dibujan cuadriláteros en las laderas. Por sus contornos pacen libremente vacadas y rebaños de ovejas. Las cabras saltan en los barrancos amarillos o se suben a las grandes piedras. Oyense mujidos